

Allí brotaba en cada ángulo  
De la magnífica estancia,  
Llenando con su fragancia  
Toda el aura en derredor,  
Y los huertos mas mezquinos  
Profusamente la abortan,  
Y las esclavas la cortan  
Para darla á su señor.

Allí del galan Tenorio,  
La deslumbrada pupila  
Desmenuzando vacila  
Tanta opulencia oriental,  
Y el agua, la luz, las flores,  
Los naturales primores  
Compiten con los mayores  
Del oro, el jaspé, y coral.

Aquellos lechos de plumas,  
Aquellos baños de plata,  
La tornasolada y grata  
Claridad que reina allí:  
Los muebles que allí se ostentan  
Y de quien ignora el uso,  
A don Luis tienen confuso  
Sin saber lo que es de sí.

¿Qué son estos aposentos  
Do lujo tal se atesora?  
¿Qué santo espíritu mora  
En este abreviado edem?  
Así Don Luis se decia  
Contemplándolo prolijo,  
Cuando el árabe le dijo:  
"Esto, Don Luis, es mi harem."

Es el harem; allí el árabe  
Del vulgo envidioso oculta  
Su mas preciado tesoro,  
El colmo de su ventura.  
Bella mansion de deleites  
Que solo el amor acupa  
Es el harem donde se hallan,  
Santuario de la hermosura.  
Santuario donde profanos  
Penetrar no osaron nunca  
Los ojos de ningun hombre  
Con la cabeza segura.  
Allí están no las esclavas  
Que ante su señor se turban,  
Sino las reinas que gozan  
Con voluntad absoluta.  
Las mugeres que á los moros  
Les place tomar por suyas,  
Cual sus costumbres permiten  
Y sus leyes no repugnan.  
Allí bajo techos de oro  
Y pabellones de plumas  
Para el placer se conservan  
Encantadoras y puras.  
Baños de esencias suaves  
Su bello cuerpo perfuman,

Preciosas telas se visten  
Y dulce son las arrulla.  
Negras cautivas las sirven  
Que por do quier las circundan  
Para su capricho esclavas,  
Para su servicio muchas;  
Jardines tienen abiertos  
De frondosidad oscura,  
Do alegres pájaros trinan,  
Do frescas fuentes susurran:  
Do de los árboles altos  
La espesa sombra confusa  
El aura abrasada, templada,  
Y el sol entolda y ofusca;  
Donde en hamacas de seda  
Muellemente se columpian  
Del céfiro acariciadas  
Que en la hojarasca murmura.  
Donde en el césped mullido  
Al son de animada música  
En danzas voluptuosas  
Giran, se trenzan y anudan.  
Donde en los huecos que ofrecen  
Mil artificiales grutas,  
Sus bellos cuentos de hadas  
A oír y contar se juntan.  
Y allí mientras la tormenta  
Recia se desgaja en lluvias,  
Y brilla con el relámpago  
Y con el trueno retumba,  
Con lámparas de alabastro  
Allá en el fondo se alumbran  
Y con cantares alegres  
A la tormenta conjuran.  
A una de aquestas mansiones  
De artificiosa estructura,  
Alcázar de la belleza  
Y red del amor, fué en suma  
Donde el mercader condujo  
Con gran silencio y mesura  
Al rico Don Luis Tenorio  
Que su intencion no barrunta.  
Y en una de estas mansiones,  
La mas lejana sin duda  
Pero la mas ostentosa  
Que en sus jardines se oculta,  
Fué donde encontró Tenorio  
Tal vez para su fortuna  
Cinco doncellas bellísimas  
Cual él no las viera nunca.  
Las veintidos primaveras  
No cuenta acaso ninguna,  
Aunque veinte mil hechizos  
En cada cual se alumbraban.  
Nacion y raza distinta  
Su forma distinta anuncia  
De su belleza el carácter  
Y el traje diverso que usan.  
Gallarda la georgiana  
Ostenta medio desnuda  
Sus académicas formas,  
Su tez sonrosada y húmeda:  
Mas perezosa la indiana

Y aquí despues de un minuto  
De meditacion profunda,  
Entre las cinco sultanas  
Buscó Tenorio la suya.

Tendió su mirada incierta  
Poco á poco de una en una,  
Y así al fin de la española  
La de las manos menudas.

Ni una palabra ni un gesto  
Mostróle señal alguna  
Que del árabe anunciara  
Ni el gusto, ni la amargura

Salió del harem en calma,  
Y al elevarse la luna  
Por el azul firmamento  
Alzando montes de espuma,  
Salió aquella misma noche  
Del puerto en que se asegura,  
El barco en que van á Europa  
Don Luis, y la gente suya.

Y el mercader desde el muelle  
Con desolacion profunda,  
Por el través de dos lágrimas  
Que sus pupilas le anublan,  
Quedó mirando las velas  
Que en precipitada fuga  
Se llevan cuanto idolatra,  
Y amor y amistad le hurtan.  
Con ellas parte Zulima,  
Y el árabe en su hermosura  
Tenia puestos los ojos....  
¡Mal haya á Dios su fortuna!

Secretos hay que debian  
En el corazon quedar,  
Y en el corazon ahogarse  
Para no alzarse jamas.

Fiado en la buena causa  
De su generosidad,  
Su secreto puso el árabe  
En las manos del azar;  
Y la suerte que de todos  
Se mofa al fin por igual,  
Atropelló su secreto  
De su dicha sin piedad.

Don Luis eligió á Zulima,  
La sultana que amó él mas,  
Y con su amigo la bella  
Los mares cruzando va.  
Las amorosas palabras  
Del sevillano galan,  
Pronto la harán olvidarse  
De su cariño quizá.

Pronto al mirarse señora,  
Pues nunca pensara tal,

Entre blancas vestiduras  
Su piel de azabache muestra  
Sobre un almohadon de pluma.  
Los velos de oro que flotan  
Hasta tocar su cintura,  
Su triste mirar, su tez  
Pálida como la luna,  
Descubren á una italiana,  
Que aunque mucho disimula,  
Por ver las playas de Nápoles  
Cambiará cuanto disfruta.  
Sus rizos espesos de ébano,  
Negros ojos que circundan  
Largas pestañas, sus manos  
Blancas, redondas, menudas  
Y su escaso pié que apenas  
A sostenerse la ayuda,  
Descubren á una española  
Aunque su origen oculta.  
La dulce voz y el altivo  
Acento con que pronuncia  
Y su perfecto contorno  
Su frente que el ceño anubla  
Y el cuchillo que colgado  
Lleva siempre á la cintura,  
Por una zelosa griega  
Dan fácilmente á la última.  
Ante estas cinco bellezas  
Que no conciben confusas  
La causa que á un extranjero  
Hoy traiga á presencia suya,  
Detúvose el mercader,  
Y así á Don Luis que le escucha  
Con voz resuelta le dijo  
Que trecho no deja á dudas:  
Estas hermosas doncellas,  
Don Luis, mis esposas son,  
No me rehuséis el don  
Que os quiero hacer de una de ellas.  
Yo para mí las guardaba;  
Si enojarme no quereis,  
Elegid la que gustéis  
Para esposa ó para esclava.  
Y ved que esto al escusar  
Me vais á hacer una ofensa  
Tan solemne y tan inmensa  
Que jamas la he de olvidar.  
Elegid, pues.

DON LUIS.

Dios no quiera  
Que nuestra amistad un dia  
Turbe por desdicha mia  
Mi resolucion postrera.  
Una de ellas tomaré,  
Y si al fin fuere gustosa  
La tomaré por esposa  
Convirtiéndose á mi fé.  
No sé que pueda apreciar  
De mejor modo este don.

EL MERCADER.

Ni yo que mi corazon  
Lo pueda nunca olvidar.



Un amo en él, no un amigo,  
Con desden recordará.  
Pronto al ver que mar y tierra  
Franco camino la dan,  
Del rico harem el recinto  
Como cárcel odiará.

Los bulliciosos placeres  
De Europa y su sociedad,  
Pronto el vacío que esconde  
Su corazón llenarán.

Tal vez á su fé renuncie,  
Pues gran tentación será  
El interés de su dueño  
Y el ansia de libertad.

En vano tiendes los ojos  
Por el espumoso mar:  
¿Cuál esperanza te queda?  
Zulima no volverá.

En vano por las estancias  
De tu palacio oriental,  
La llamas con voz amante,  
Ya no te puede escuchar.

En vano sus veinte esclavas  
Velando en su cuarto están,  
Como si al fin le pudiera  
Ella otra vez habitar.

En vano en tus tristes sueños  
Continuo viéndola estás,  
Que al abrazarla te se huye  
Su vana sombra fugaz.

En vano ideas contarle  
Al noble español tu afán,  
Decirle cuánto la quieres,  
Pues si él te llega á escuchar,  
Cual tú de tu hermosa esclava  
Ya enamorado estará,  
Y antes perdiera la vida  
Que volvértela á enviar.

Y aunque por ser como tú  
Tan generoso y leal,  
Devolvértela quisiera,  
No lo llegará á lograr.

Ella es ya libre en España,  
La ley la protegerá,  
Y no ha de querer á esclava  
Desde señora tornar.

Tal vez al impulso fiero  
De este recuerdo fatal,  
Hasta la fé en que naciste  
Intentas abandonar.

Y triste y meditabundo,  
Sin reposo y sin solaz,  
Tu tristeza es tu alimento.  
Y tu esperanza la mar.

Mas ¡ay! consúmela aquella,  
Y ésta es tan poca y falaz,

Que entre una y otra por último,  
Te van á despedazar.

“Vuelve, ¡ay de mí! purísima gacela;  
Vuelve, vuelve á tu harém de Alejandría,  
A cuyas puertas desolado vela  
Quien de tus ojos en la luz vivía.

Sin tí, se agostan mis pintadas flores,  
Sin tí, los ecos lastimeros gimen;  
No alegran mi jardín los ruiseñores,  
Ni brotan mis vistosos surtidores,  
Que les falta el placer con que se animen.

No están conmigo ya tus compañeras:  
¿Sin tí, qué me valian?  
Junto á mí, de fastidio se dormían,  
Y las dí libertad, y se alejaron  
Como garzas ligeras.  
¿No las amé jamás, ni ellas me amaron!

Vuelve, Hourí celestial, vuelve conmigo,  
Y al corazón me volverá la vida:  
Sin tí, no encuentro caridad ni abrigo;  
Mi riqueza sin tí yace perdida.  
¡Ah! no conocerías si volvieras,  
Lo que fué tu mansión, que en pocos años  
Se cambian las ciudades mas enteras  
Y naufragan las naves mas veleras,  
Por los mares estraños.

Misero y triste lloro,  
Y en abandono y soledad me veo,  
Siempre agitado del fatal deseo  
De morir á los piés de quien adoro.  
¡Malhadada amistad! dura avenida!  
De quién mi amor robándome, me olvida!”

Llanto amargo vertiendo, así decía  
El mercader, y así se lamentaba,  
Y su fortuna el infeliz veía,  
Que al crecer su dolor, se disipaba.

Tales son de la suerte los azares;  
El que en fiestas, y danzas, y cantares,  
Pasó un tiempo su plácida existencia,  
Hoy presa del afán y los pesares,  
Se arrastra ya vecino á la indigencia.  
Descuidó su comercio en su amargura,  
Su crédito menguó de día en día,  
Y sus naves sorbió la mar bravía.  
Uno tras otro, sus amigos viles  
En su infortunio al fin le abandonaron,  
Y sus mismos esclavos le robaron,  
Y sus inmensos bienes,  
A manos de voraces acreedores  
Salieron de sus ricos almacenes.  
La carcama inmortal de su tristeza  
Minó su corazón, y la amargura  
Trastornó su razón en su cabeza,  
Y el árabe infeliz dió en la locura.

Su palacio y su harem pasó á otras manos;  
Y el que opulento y poderoso un día  
Asombró con su lujo á Alejandría,  
Escarnio fué tal vez de los villanos.

En vano el infeliz, días y noches,  
De su antigua mansión en los umbrales,  
Lamentando pasó como un mendigo  
Sus duelos y sus males:  
No salió de una reja á los cristales  
Su cuita á consolar un solo amigo.

Y flaco, y vacilante, y macilento,  
Estaba el mercader como una sombra  
Al pié de la pared del aposento  
Donde otro tiempo holló morisca alfombra,  
Y do imperando resonó su acento

Y así un día pasó tras otro día,  
Y año pasó tras año,  
Y probó cada día un desengaño,  
Hasta que el pobre, de vergüenza uraño,  
Huyó de Alejandría.

En una oscura aunque serena noche  
Solo y á lento paso,  
Se hundió en el mar de requemada arena  
Del árido desierto de la Libia,  
Donde solo el zarzal vegeta escaso.

Y en su lejana soledad ardiente,  
Perdiéndose su sombra poco á poco,  
Su memoria olvidó la ingrata gente,  
Y á hablar no se volvió del pobre loco.

Cinco años pasado habían:

Don Luis en fortuna próspera,  
De su estendido comercio  
Los frutos en calma goza.  
Vive en Sevilla, y en ella  
En rico palacio mora,  
Do la mas rica nobleza  
Con sus visitas le honra:  
Vive en Sevilla, y con él  
Aquella Zulima hermosa,  
Que á nuestra fé convertida  
Con él se casó y la adora.

Dejó el turbante de esclava  
Por una nupcial corona,  
El harem por el palacio,  
Por Jesucristo á Mahoma.

Cambió el nombre de Zulima  
Por el nombre de Eliodora,  
Y quien en Asia fué esclava  
Vino á mandar en Europa.

Es una noche sombría  
Y una callejuela corva,

Que acaba de San Francisco  
En la plaza y desemboca.  
Y aunque no está aquella noche  
Avanzada en altas horas,  
Las calles tiene desiertas  
El recio viento que sopla.  
Las rejas están cerradas  
En torno la plaza toda,  
De modo que ni una luz  
Rasga la neblina lóbrega.  
Solo en los anchos balcones  
De una casa grande y sola,  
Los cristales iluminan  
Mil clarísimas antorchas.  
Oyese música dentro,  
Y al compás de bulliciosa  
Danza retiemblan los vidrios  
A pesar de las alfombras.  
A través de ellos de lejos  
Se alcanzan tumultuosas,  
Las sombras de los que danzan  
Ir pasando unas tras otras,  
Una ilusión produciendo  
Tan fantástica y diabólica,  
Que desvanece los ojos  
Y el corazón acongoja.

En esta casa y al son  
De esta música sonora,  
Que en quien la habita supone  
Placer, opulencia y gloria,  
A lentos pasos un hombre  
Que las desdichas agobian,  
En el portal penetrando  
A la cancela se asoma.  
Fatigado y macilento  
Envuelve mal su persona,  
En harapos que rechazan  
Hasta el título de ropa.  
Su frente erguida otro tiempo  
Hoy hácia la tierra encorva,  
Y bien se ve que á la tierra  
La humillación se la dobla.  
Y sus tostadas mejillas,  
Su mirada melancólica,  
La voz que del pecho arranca  
Ronquecida y fatigosa,  
Bien á las claras demuestran  
El dolor, que le destroza  
El corazón, donde hierven  
Sus penas harto recónditas.  
Llamó á la puerta en voz baja,  
Y en voz amenazadora,  
¿Quién vá? respondió un portero  
Que los dados abandona.  
—Vive esta casa, y perdona,  
Don Luis Tenorio?

—Aquí mora.

¿Qué quiere?

—Hablarle un momento.

—¿Vos?

—Sí.

—¿Vos, lo que no logran  
Los nobles al medio día



Quereis lograr á estas horas?  
¡Bah! y ahora que está cenando:  
¡Pues no faltaba otra cosa!  
—Hacedlo por Dios, amigo;  
Que no ha de pesaros.

—¡Oiga!  
Traerá visita del rey  
El pordiosero... malhora  
Para vos: idos, buen hombre,  
Que el tiempo no está de sobra.  
—Por cuanto amais en la tierra  
Y por mas que os sea incómoda  
Mi exigencia, id á vuestro amo  
A decir que una persona  
Que ha atravesado, buscándole,  
Las montañas y las olas,  
Quiere tan solo traerle  
Un amigo á la memoria.  
—Es tambien amigo suyo!  
Voto á san Gil, que me enoja  
Tanta insolencia. ¡Ea! tome,  
Y agradezca la limosna.

Y así diciendo el portero  
Una moneda le arroja,  
Y las espaldas le vuelve  
Dando un portazo de cólera.

Quedó el miserable solo  
Con el carmin de la honra  
Sobre la faz, y en los párpados  
De llanto amargo dos gotas.

Despechado é indeciso,  
Un momento devorolas  
Como pudo, y de ira trémulo  
La faz, y la vista torva,  
Dejó la casa diciendo:  
“Maldita sea la hora  
En que conocí tu nombre,  
Y oí la voz de tu boca.”

Y en el átrio de una iglesia  
Que halló á aquella casa próxima,  
Tendióse desesperado  
Hasta la vecina aurora.  
Llorando pasó harto tiempo  
Males y desdichas propias,  
Mas el cansancio rindióle:  
Y poco á poco en las losas  
Dejó tomar á sus miembros  
Posicion menos incómoda,  
Hasta que en brazos del sueño  
Perdió sentido y memoria.

En esto el átrio subiendo  
Dos personas embozadas,  
Tiraron de las espadas,  
Furiosa lid emprendiendo.

Duró la riña un instante,  
Cayó sin un ¡ay! el uno,  
Y en un callejon moruno  
Entróse el otro adelante.  
Y ni despertó el mendigo,  
Ni se aprosimó un curioso,  
Ni duelo tan misterioso  
Tuvo padrino ó testigo.  
Allí uno de ellos quedó,  
Y aunque en las sombras incierto,  
Que de un golpe quedó muerto  
Bien el alba lo mostró.

Esta asomó entre arreboles  
De púrpura como siempre,  
Para el dichoso y el triste  
Brillando indistintamente.  
Lo hacia apenas el sol  
Cuando á la voz de ¡cogerle!  
Matarle! villano! infame!  
Los ojos abrió el inerte  
Mendigo, que vió al abrirlos  
Confuso tropel de gente  
Que en su redor se apiñaba  
Aunque la razon no entiende.  
Cruzaron al fin la turba  
De la justicia lebreles  
Con sus varas en la mano  
Y el tribunal en los dientes;  
Amenazando prisiones  
Y olfateando á los pobres,  
Por si faltan los culpados  
Que no falten penitentes.  
Y asiendo del miserable  
A quien dicen ¡ese! ¡ese!  
Con ira le demandaron,  
Mas sin que él los comprendiese.

—¿Quién mató á ese hombre?  
—Y de un muerto

Pusiéronle frente á frente.  
—No le conozco, repuso  
El hombre con calma viéndole.  
—¿Pues cómo estabais con él?  
—Si dádole hubiera muerte  
No me quedara á su lado.  
Y aquí irritada la plebe,  
“¡Niega, gritó, que le maten!  
Todos lo han visto. ¡Prendedle!”  
En vano tendió los brazos  
Que le escuchasen pidiéndoles.  
En vano á la resistencia  
Quiso apelar muchas veces;  
Teníanle bien asido  
De los brazos los corchetes:  
Y habiendo ido llegando  
Del difunto los parientes  
Por él pidiendo justicia,  
Iracundos como sierpes,  
Apenas muchos soldados  
Bastaron á contenerles,  
Y algunas manos lograron

Llegar hasta el delincuente.  
Mas aunque bien su persona  
De la multitud defienden,  
Asióle uno de la capa  
Andrajosa en que se envuelve,  
Y con ímpetu tirando  
Rasgósele de tal suerte,  
Que vieron todos los ojos  
Que bajo de ella mantiene  
Revuelto calzon morisco,  
Y jubon con puntas verdes.  
¡Moro! esclamaron al punto;  
Y acreciendo doblemente  
Se hizo el tumulto mas fiero  
Por moro al reconocerle.  
Abriéronse las ventanas,  
Las puertas y los cancelos,  
Toda Sevilla por ellos  
Asomándose por verle.  
Para gritar los muchachos  
A los pilares subiéndose,  
Y en los puestos y casetas  
Empinándose la gente.  
Hubo sartas de insolencias,  
Y diluvio de moquetes,  
Codazos y pisotones,  
Y sangrías de alfileres,  
Hasta que al fin por la plaza  
Con lanzones y broqueles  
Entraron por varias calles  
A son de clarin, ginetes.  
Y despejando la chusma  
Lograron á solas verse  
Con el difunto sus deudos  
Y el reo con los corchetes.

En esto don Luis Tenorio,  
Que á su balcon salió á verles,  
Bajo él al pasar el preso  
Gritó á la justicia: ¡téngase!  
¿Qué quiere el señor Tenorio?  
Preguntó un juez descubriéndose.  
—Justicia!

—Y en qué servirle  
Aquí la justicia puede?  
—En dar libertad á ese hombre,  
Que por Dios que está inocente;  
—Ved lo que hablais.

—Está dicho,  
El asesino no es ese.  
—¿Pues quién es?

—Yo, y me delato.  
Que suban, pues, á prenderme:  
Yo maté anoche á ese hombre  
Por ocultos intereses.

Enmudecieron de asombro  
Los que se hallaban presentes,  
Unos á otros mirándose  
Sin decidirse á creerle.  
Los parientes del difunto  
Por poderoso temiéndole  
Y admirándole en silencio

Por generoso los jueces.  
En esto bajó á la calle  
Don Luis, y camino abriéndose  
Hasta el reo, desatóle  
Con un abrazo diciéndole:  
Subid, buen moro, á mi casa  
Y dejad que á mí me lleven  
En vuestro lugar ahora,  
Que yo sabré defenderme.  
Tendióle el moro los brazos  
Sin saber qué responderle,  
Llamándole amigo suyo,  
Y estrechándole cien veces.  
Lloraba al ver tal escena  
Enternecida la gente,  
Y por la plaza reinaba  
Triste silencio solemne,  
Cuando á interrumpirle vino  
Otro impensado accidente.  
Un caballero embozado  
Que estuvo de cerca oyéndoles,  
Sobre el semblante el sombrero,  
Y el embozo hasta las sienes,  
En medio de la justicia  
Presentóse de repente.  
Desembozóse con brio,  
Y con voz serena y fuerte  
Dijo: Yo soy el que buscan,  
Los demas son inocentes;  
Yo maté anoche á don Tello,  
Testigos hay, que si quieren,  
Dirán que salir nos vieron  
Para reñir juntamente.  
Nadie dará de esos dos  
Con la ocasion de su muerte,  
Y yo daré fieles señas  
Que duda en ella no deje.  
Señores, idos con Dios,  
Que si obrásteis noblemente,  
No es justo que á pagar váyais  
Lo que á mí me pertenece.

Y así diciendo, y la espada  
De su cinto desciñéndose,  
A manos de la justicia  
Se dió como delincuente.  
Quedaron todos atónitos,  
Y la justicia y la plebe,  
Sin concebirlo, admiraban  
En silencio y juntamente,  
En don Luis lo generoso,  
Y en el otro lo valiente.

Y viendo tal hidalguía,  
En ambos á dos los jueces,  
Teniendo en don Luis el crimen  
Por falsedad evidente,  
Dieron su casa por cárcel,  
Y con su palabra fuéronse.  
Subieron los tres á ella,  
Y los soldados volviéndose,  
Volvió á llenarse la plaza  
Con los ociosos de siempre.  
¿Qué mas te importa saber



De este cuento? ¡oh buen lector!  
 Los abrazos que Tenorio  
 Al de Alejandría dió;  
 Del comerciante de Oriente  
 La magnífica oracion;  
 El asombro del incógnito  
 Que á don Tello Arias mató;  
 De Zulima, hoy Eliodora,  
 El consiguiente rubor  
 Al encontrar otra vez  
 Al dueño que abandonó,  
 Y las dos mil zarandajas  
 Con que imberbe historiador  
 Emborrónara papel  
 Y cansara tu atencion,  
 No son medios que acomodan  
 A mi actual pésimo humor.  
 Para dar á mi leyenda  
 Competente conclusion,  
 Basta que sepas que á ruegos  
 De Tenorio, se indultó  
 Del difunto Tello Arias  
 Al bizarro matador:  
 El cual á don Luis Tenorio  
 Con fina amistad pagó  
 La vida que le debía,  
 Rendido á tan gran favor.  
 Que el árabe, convencido  
 De que la fé en que vivió  
 La borrasca no calmaba  
 De su triste corazon,  
 A las aguas del bautismo  
 Su calva frente dobló,  
 Al sacro puerto acogiéndose  
 De la santa religion.  
 Confesó que era Mahoma  
 Un impúdico impostor,  
 Y en lugar de las Houries,  
 Los ángeles adoró.  
 Don Luis le dió por esposa  
 A su hermana doña Sol,

Con la mitad de su hacienda  
 Y el tesoro de su honor.  
 Vivió feliz cuantos años  
 La existencia le duró;  
 Y aquí concluye mi historia,  
 ¡Oh carísimo lector!  
 Solo me resta decirte  
 Que presto se acomodó  
 A las costumbres de Europa,  
 Y convino en que es mejor  
 Que tener cincuenta esclavas  
 Que maldicen su opresion,  
 Tener una mujer sola  
 Con cariño y con honor.  
 Y es mas cómoda una cama  
 Que el mas mullido almohadon,  
 Donde se quedan las piernas  
 En el suelo y sin calor.  
 Y es mejor dormir en ella  
 Del vino la ecsaltacion,  
 En deliciosos ensueños  
 De pasajero vapor,  
 Que comer maiz en tortas,  
 Y el acuzuz y el arroz,  
 Y emborracharse con opio  
 Trepando luego á un balcon,  
 Para escitar en la mente  
 Delirio fascinador.  
 Y torna á los hombres locos,  
 O necios, que es lo peor.

Con eso, lector, si hasta ahora  
 Gratos mis cuentos te son,  
 Dios me lo premie en el cielo,  
 Demándemelo si no.  
 Conque si te placen, cómpralos,  
 Y con la ayuda de Dios,  
 Haremos cuanto pudiéremos  
 Entre el Editor y yo.

## LA AZUCENA SILVESTRE.

### LEYENDA RELIGIOSA DEL SIGLO IX.

AL SEÑOR

DON ANGEL SAAVEDRA,  
 DUQUE DE RIVAS,

SU MEJOR AMIGO

JOSE ZORRILLA.

### PRIMERA PARTE.

#### CAPITULO I.

EN QUE COMIENZA LA NARRACION DE LA PRESENTE  
 HISTORIA.

Mas pura que la luz de blanca luna,  
 Que en arroyuelo límpido riela;  
 Mas hermosa que el cisne en su laguna  
 Cuando en ella se baña, nada ó vuela;  
 Y alegre mas que en soledad moruna,  
 Suelta y errante y tímida gacela,  
 En gracias y virtud feliz crecía  
 La bellísima y cándida María.

Y aun no cumplidos sus catorce abrilés,  
 De noble estirpe y á reinar nacida,  
 Ajena á devaneos mujeriles,  
 Velaba por su bien, siempre servida:  
 Flor era pronta á dar tallos gentiles,  
 A los besos del céfiro mecida,  
 Y á exhalar de su cáliz aun cerrado,  
 Delicioso perfume embalsamado.

Caía en anchas ondas de su frente,  
 Larga madeja de flotantes rizos;  
 Y de inquieto mirar, mas inocente,

Dos ojos revolvía antojadizos:  
 Y en su blanca mejilla trasparente,  
 Centros ambos á dos de sus hechizos,  
 Marcaba su sonrisa dos hoyuelos,  
 Luceros ambos que robó á los cielos.

Rebosa al verla en alegría intensa  
 Su padre el buen Wifredo, y la corona  
 Ceñirla aguarda de la tierra estensa  
 Del condado feraz de Barcelona.  
 Solo en su bien y en su fortuna piensa,  
 Y honrada, sin rival, feliz matrona,  
 En tiempo incierto de la edad futura,  
 Su ambicion paternal se la figura.

Unico amor del varonil guerrero,  
 Unica prenda de su muerta esposa,  
 Tiene Wifredo su cariño entero  
 Puesto no mas en su María hermosa:  
 Y único amor el noble caballero  
 Del alma de la niña candorosa,  
 En una el alma de los dos se encierra,  
 Y uno para otro son todo en la tierra.

Su corona de conde, ennoblecida  
 Con los laureles mil de mil campañas;  
 Su ciudad populosa defendida  
 Por su tendido mar y sus montañas,  
 La mitad de los años de su vida,  
 La memoria y la prez de sus hazañas,  
 Todo lo diera el caballero noble  
 Por ver de su hija la fortuna doble.

Lumbrera del fanal de su esperanza,  
 Riquísimo joyel de su cariño,  
 Manantial de su interna bienandanza,  
 Vuelve á su pecho el corazon de niño:  
 Se le roba á la guerra y la venganza,  
 Se le torna mas pura que el armiño,  
 Se le lava de impulsos terrenales,  
 Se le inunda en delicias celestiales.